



TRIBUNA

Grupo Tomás Moro

Desiderio Vaquerizo, ahora ha logrado fundir ciencia e imaginación en una novela que escapa por su vitalidad y contrastes de la simple recomposición histórica

‘El árbol del pan’

SIN ponernos de acuerdo, algunos del grupo tuvimos en este verano pasado el mismo gusto e interés por la novela de Desiderio Vaquerizo, editada por Plurabelle, y pasamos horas deleitosas, a la vez que ásperas, leyendo esta obra de ficción de quien sólo conocíamos hasta entonces su muy abundante producción arqueológica. Una obra bien escrita, de diálogos vivos, de exquisita capacidad descriptiva, de profunda caracterización de personajes y de ambientes, y de excelente manejo de las fuentes históricas, convertidas en arte y literatura. En ella aparece de forma esplendente su poesía que deja curso al pensamiento filosófico que enhebra el desarrollo de la acción. Porque el autor escribe, describe, habla y piensa a lo largo de sus más de doscientas páginas sobre profundas realidades y experiencias humanas. Pero en la presente ocasión no pretendemos pasar más adelante en la apreciación de sus valores literarios ni en la fuerza y expresividad del relato dulce y amargo.

Como se ha dicho antes, la obra produce a la vez deleite –la apacible vida de una familia cordobesa– y desesperanza, al describir la cobardía existencial de Marcos, el protagonista, y dar vida a dos mundos muy distanciados en el tiempo. El descubierto en la Colonia Patricia romana tras una apasionante y extenuadora campaña de excavaciones en uno de los patios del antiguo cuartel de Lepanto –mediados del siglo II– y la inane desesperanza del director de la excavación, formado “en nuestra misma Facultad que supuso una limitación importante desde el punto de vista intelectual”, y su derrota final sin horizontes. Si en sus obras anteriores Desiderio Vaquerizo ha ofrecido los resultados científicos de sus excavaciones, aparejadas a un amplísimo conocimiento del mundo antiguo, ahora ha logrado fundir ciencia e imaginación en una novela que escapa por su vitalidad y contrastes de la simple recomposición histórica, al contraponer en una interposición continua el pensamiento religioso, la apacible esperanza “en su seguridad eterna” de la familia de Marco Ermógenes, y la an-



¿Es correcto el uso del vocablo neo-paganismo para describir la situación de la Europa que vive “como si Dios no existiera”, cuando el primer paganismo fue profundamente religioso?

gustia desolada del profesor universitario que llega de forma trágica a su fin sin esperanza alguna.

Recientemente, Giordano Frosini –lo citamos por la vicinanza a la Roma de los Césares tan cara para Desiderio–, ha escrito en su valiosa y reciente obra *Il ritorno della speranza* (Bolonia, 2005) que, pasados ya unos pocos decenios, el neopaganismo desesperanzado en que vive la sociedad occidental ha naufragado en una no esperanza que invade todos los campos de la cultura. Pero ¿es correcto el uso del vocablo neo-paganismo para describir la situación de la sociedad europea que vive “como si Dios no existiera”, cuando el primer paganismo fue profundamente religioso? Porque ha de tenerse en cuenta que el paganismo no fue ateo, y Tales de Mileto lo contempló “todo lleno de dioses” y Heráclito invitaba: “¡Entrad! También aquí hay dioses”; es por lo que la familia cordobesa de Ermógenes vive y sufre la desaparición de la esposa y madre, Aurelia Marciana, piadosa entre los suyos, en la esperanza de la seguridad eterna. Esa religiosidad fue la que le permitió a San Agustín escribir su *De civitate Dei* a partir de la perdida obra de M. Terencio Varrón de elocuente título: *Antiquitates rerum humanarum et divinarum* (Antigüedades de las cosas humanas y divinas).

El latir biográfico de Marcos, el protagonista de *El árbol del pan*, camina por derroteros que se salen fuera de los viales religiosos que él acababa de encontrar en su excavación. Su vida parece quedar resumida en los versos del autor: “Paños mojados/ cristales rotos/ barro en los bolsillos/ olor fétido/ a cloaca”. Chiara en el comienzo y en el desesperado final. Siempre, como fondo de desesperanza, el nombre de Chiara. Pero Chiara sólo parece un dolorido significante de un significado profundo: la pérdida de horizontes religiosos que faltaron al protagonista a la hora de la decisión final, de los que gozaron felizmente los paganos de su excavación: Marco Ermógenes, Aurelia Marciana, Marcia Lucilla, Fabiana.